

COMO CADA MAÑANA



Como cada mañana, mucha gente se dirige a su trabajo. También como cada nuevo día, unos y otros apuestan por su individualidad, por su coche, por aquello que nos separa de los otros. Y prácticamente todos sin excepción ponemos la radio. Por arte de magia, empieza un nuevo día; otra de esas jornadas cargadas de sin sabores, rencores, odios, tertulianos y directores soberbios e imbéciles en posesión de su verdad, y mentiras, muchas mentiras e intereses que defender.

Una emisora se empeña en proclamar las legítimas posturas del Gobierno, basados, lógicamente, en lo que luego esperan recibir de él. Otra no menos importante, apuesta por lo contrario, sabedora que sus buenos tiempos tendrán que esperar hasta la próxima cita electoral. Por eso, ahora, está en contra de todo, aunque con ello se falte a la verdad, y a lo que es peor, a la necesaria objetividad que debe prevalecer en todo medio de comunicación. Las ondas también nos acercan opiniones regionales o locales, que sólo tratan de mantener el pesebre de votos que se ha montado quien manda, aunque sus tareas y objetivos nada tengan que ver con el periodismo y la información. Se emite odio, basura y perversión radiofónica.

En la televisión las cosas no son muy distintas para quienes desayunan con ella encendida. La cadena pública, quizás de una forma menos evidente que antes, suele comenzar el día tratando de ser imparcial, pero a lo largo que pasa la jornada acaban por acercar las ascuas a su sardina, vamos, a mantener posiciones cercanas a quienes les pagan el sueldo. Las privadas tampoco se quedan atrás en el arte del engaño: emiten opiniones e invitan a personas del color político de quienes manejan sus cuentas de resultados.

Mientras tanto el sufrido ciudadano se dirige confuso a su trabajo, atormentado por tanta lucha interna, por las cuotas de emisión, por los engañosos porcentajes de medición de audiencias. En esos primeros minutos del día nadie ha hablado de sus problemas: del atasco en el que está inmerso, en esa cola indecente que tuvo que soportar ayer para hacer un trámite administrativo. Tampoco le cuentan lo que están haciendo con el dinero que paga de impuestos, cada vez que compra un producto, ni ha escuchado en ninguno de estos medios interesarse por la realidad de la sanidad pública, la educación básica o la limpieza de lo que nos pertenece a todos.

Cuando uno llega al trabajo y por fin apaga la radio del coche, siente una liberación. Está molesto, y no sabe por qué. Lo que acaba de escuchar nada tiene que ver con su vida, con su día a día, o con el de su familia. Los problemas a los que se refirieron locutores y tertulianos afectaban tan sólo a los partidos políticos, al poder, o a los que tienen detrás, a pesar del bochornoso empeño de unos y otros por aparentar ecuanimidad.

Uno de estos sufridos oyentes da un puñetazo en el volante, y

pone música: una suave melodía que le permita relajarse y empezar el día con los nervios templados. Con el espíritu abierto a descubrir y disfrutar de otra oportunidad de vivir. Los ecos de las noticias se van perdiendo. También se alejan las mentiras y la manipulación. Para la dura jornada que tenemos por delante precisamos de todas nuestras energías. Es necesario que sepamos resolver en soledad lo que ni el Estado, ni las radios, ni los otros están dispuestos a hacer por nosotros. Y se acentúa nuestra individualidad, aquello que nos separa de los borregos, lo único que en verdad nos permite analizar y reflexionar. Es necesario que apaguemos radios y televisiones, al menos, durante unas horas al día, y tratemos de ser nosotros mismos; sólo de ello depende nuestro futuro y bienestar.